COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Nº 158. ¿Por qué llamamos a la Iglesia esposa de Cristo?

Monseñor José Ignacio Munilla

(Transcripción aproximada del audio)

Número 158 del Compendio del Catecismo:

¿Por qué llamamos a la Iglesia esposa de Cristo?

Llamamos a la Iglesia esposa de Cristo porque el mismo Señor se definió a sí mismo como el esposo que ama a la Iglesia, uniéndola así con una alianza eterna. Cristo se ha entregado por ella para purificarla con su sangre, santificarla y hacerla madre fecunda de todos los hijos de Dios. Mientras el término "cuerpo" manifiesta la unidad de la cabeza con los miembros, el término "esposa" acentúa la distinción de ambos en la relación personal.

Bueno, os recuerdo que los puntos anteriores han hablado de la imagen de la Iglesia como cuerpo, Cuerpo de Cristo: Cristo es la cabeza y la Iglesia es el cuerpo. Y ahora dice: bueno, pasamos a otra imagen para hablar de la Iglesia, que es la imagen de esposa.

En primer lugar, fijémonos en que Jesús utiliza la imagen del esposo. El Evangelio de san Juan, por cierto, comienza la vida pública de Jesús con ese milagro en Caná de Galilea, en el que unos esposos se casaban. Estaba presente Jesús, que había sido invitado con sus discípulos.

Y es curioso porque el Evangelio de san Juan, que cuando quiere dar tantos detalles no nos cuenta quiénes eran los que se casaban en esa alianza. Y los que son más conocedores del Evangelio de san Juan concluyen que Jesús quiso presentarse, en el inicio del ministerio público según san Juan, en ese contexto de unas bodas, para presentarse Él como el esposo. Cristo se presenta como ese esposo de la humanidad.

Bien, pero no únicamente en ese sentido más místico, sino, por ejemplo, como refiere este punto en Marcos 2,19, cuando le piden explicaciones a Jesús: «¿Por qué tus discípulos no ayunan cuando los discípulos de Juan sí ayunaban?». Jesús responde: «¿Acaso pueden ayunar los amigos del esposo mientras el esposo está con ellos?».

¿A qué esposo se refiere? Se refiere a Él. Es que Él es el esposo. Él es el esposo de la humanidad y de la Iglesia. Y por eso sus discípulos no ayunan, porque están celebrando la fiesta de que están con el esposo. «Días llegarán en que les arrebaten al esposo; entonces ayunarán».

Pues bien, de esa conciencia viva de que Jesús es el esposo, el esposo de la Iglesia, se derivan una serie de consecuencias.

Por ejemplo, en Efesios 1,4 dice: «Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales y celestiales. Él nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e irreprochables ante Él por el amor». Hemos sido elegidos en esa unión con Cristo para ser santos. ¿Para qué sea desposado Jesús con nosotros? Pues para darnos su santidad, porque en un matrimonio se comparte todo. Comparte su santidad con nosotros: ese es el objetivo de ese desposorio.

Más tarde, en la misma carta a los Efesios, capítulo quinto, versículos del 26 al 27, dice: «Él se entregó a sí mismo por ella, por la Iglesia, para consagrarla, purificándola con el baño del agua y la palabra, y para presentarla gloriosa, sin mancha ni arruga ni nada semejante, sino santa e inmaculada». Él se ha desposado con la Iglesia para hacerla bella. La Iglesia es santa: es santa en su esposo, en Jesucristo; es santa en su origen, es santa en su fin. A la Iglesia la llamamos santa porque Jesucristo se ha desposado con ella y nos ha dado el don de la santidad.

Son, por lo tanto, dos imágenes distintas: la imagen de la Iglesia como Cuerpo de Cristo, que es cabeza, y la imagen de la Iglesia como esposa de Cristo, que es el esposo. La imagen de la cabeza y el cuerpo remarcan más la unidad, y la imagen del esposo y la esposa remarcan más la relación personal. Porque el amor en un matrimonio hay que conquistarlo, es una relación personal que hay que cuidar. Y entonces hay toda una historia en la que el Señor actúa como esposo: esposo de Israel y esposo de la Iglesia.

En el Antiguo Testamento había imágenes como: «Yo te llevaré al desierto, te seduciré, te enamoraré». Dios está cortejando a su pueblo Israel. Dios está también llevando al desierto a la Iglesia para hablarle al corazón, para enamorarla. Dios quiere que seamos una Iglesia enamorada de Él. Y también Dios sufre, porque en esa imagen esponsal hay una gran intimidad ofrecida, pero hay mucho sufrimiento cuando somos infieles. Como también en el Antiguo Testamento se observaba: la infidelidad de Israel hacía sufrir mucho a Dios, que era esposo de Israel.

Así también, los pecados de la Iglesia le hacen sufrir mucho a ese esposo que es Jesucristo. Él quiere hacernos santos, pero le damos grandes disgustos, y nuestras infidelidades ofenden el corazón de Cristo, nuestro esposo.

Por lo tanto, es una imagen —la del desposorio— que toca mucho la puerta de nuestro corazón para hablar de que el amor no es amado. Lo lógico es que respondamos al amor con un amor coherente. Si no estamos enamorados de Jesucristo, nuestro esposo, si la Iglesia no está enamorada de Jesucristo, si cada uno de nosotros no estamos enamorados de Cristo, nuestro esposo, es un pecado muy grande: es no responder al amor de Dios, es una falta de respuesta al amor de Dios.

Hay un texto de san Agustín que también habla de esta imagen de la Iglesia como esposa de Cristo, que os comparto. Está dentro de un comentario que hace san Agustín al salmo 74: «Según lo que está escrito: los dos se harán una sola carne. Gran misterio es este, lo digo respecto a Cristo y a la Iglesia. Y el Señor mismo en el Evangelio dice: de manera que ya no son dos, sino una sola carne».

Como habéis visto bien, hay en efecto dos personas diferentes y, no obstante, no forman más que una en el abrazo conyugal. Como cabeza, Él se llama esposo; y como cuerpo, esposa. San Agustín, en esta imagen, une las dos: como cabeza, Cristo es esposo; como cuerpo es esposa.